

Sin título / Duotono / Ilustración digital / 2020

Rincón de tolvaneras

ALICIA MARES

Jugar a los cazatornados entre todos era sencillo: solo había que copiarles a los gringos de la tele. Así como ellos tenían una camioneta para perseguir la tormenta por el campo, nosotros los primos nos subíamos a la camioneta todoterreno, que aplanaba magueyes a su paso. Así como ellos tenían radares y satélites girando como pirinolas en el techo del carro, nosotros los primos amarrábamos una vieja radio de pilas a la antena y la poníamos de cabeza de vez en cuando.

Lo difícil era encontrar los tornados. Allá por el Callejón de los Tornados –una franja de tierra bien plana en donde los gringos se empeñaban en construir casas de papel maché y triplay–, cada año bajaban monstruos hechos de viento y escombro, súper desastres andando que, según el programa, se categorizaban como F3, F4, F5 y sepa qué más.

Tlaxcala, que también puede llamarse una franja de tierra bien plana, adornada con algunas pirámides y cañadas, es una tierra donde no salen tornados, sino tolvaneras. Así les llamaban los tíos a los pequeños tornados; a esos diablillos de polvo que de repente se enderezaban a mitad del campo abierto y dejaban doblados los sembradíos de maíz, agachados como niño que tiene sueño. “Trompos con falda ancha”, una vez les dijo nuestro abuelo, mientras masticaba clavo de olor para su dolor de muelas.

Ahora le va a Nati, ¡córrele!, gritaba el más grande de los primos, que ya tenía dieciséis. En cuanto lográbamos acercarnos a una tolvanera, era el turno de Nati de salir corriendo. Y las tolvaneras siempre lucían altas y medio transparentes; guardaban en el buche un montón de ramas, polvo y bichos. Pero, más que nada, viento.

Nati corría entonces y se adentraba en el torbellino, para descubrir que ese viento primero se colaba debajo de los pantalones y soplaba hasta ahuecarlos. Cumplía la promesa de robarse algo de ropa.

En vez de tendernos en el suelo, cubrirnos la cabeza, o cavar hoyos en el último intento de sobrevivir, nos metíamos directo al ojo de la tormenta. Alzábamos los brazos y así esperábamos el despegue.

Una vez dentro, mientras todos rodeábamos la tolvanera y le echábamos porras a Nati, descubríamos que el viento impulsaba a saltar. Y así, íbamos dando de brincos cada vez más altos, más ligeros. Una tolvanera era la magia de hacernos livianos, de alzar los brazos y aletear.

***

Era sencillo irnos turnando para jugar a los cazatornados. Claro, a algunos primos se nos perdían los lentes, a Pato se le fue volando la bufanda y a Lola incluso se le zafó un tenis, que acabó enredado en un capulín. A Nati se le perdieron los botones del pantalón sin que nadie supiera cómo. Si incluso a los primos más grandes les podía pasar eso, ¿qué podíamos esperar el resto? Por más esfuerzo que hacíamos, nunca alzábamos vuelo como queríamos. Quizá por eso nuestros papás le decían malpaís a esta tierra de piedras y cultivos chuecos, porque aquí ni los tornados se daban.

Esta diferencia justificaba algunos ajustes al juego de los cazatornados. En vez de perseguirlos a una distancia prudente, como los gringos de la televisión, que iban midiendo la velocidad de los vientos y la presión atmosférica y todo eso, le decíamos a nuestro primo más grande que le pisara al acelerador. Quizá, si lográbamos atravesar un tornado a toda velocidad, lograríamos dejar la troca suspendida sobre los maizales, aunque solo fuera un momento.

Nuestro primo no estaba de acuerdo. Él apretaba la quijada y nos escudriñaba por el retrovisor, pero finalmente hacía caso. Conducía como loco.

Después, en vez de señalar y gritar hacia el tornado, que bramaba como toro en el horizonte antes de despegar casas del suelo –y hasta arrancaba el asfalto de las carreteras–, nosotros hacíamos carreritas para ver quién llegaba primero. En vez de tendernos en el suelo, cubrirnos la cabeza, o cavar hoyos en el último intento de sobrevivir, nos metíamos directo al ojo de la tormenta. Alzábamos los brazos y así esperábamos el despegue.

Otra vez, Nati, ¡vas! Cómo insistía nuestro primo el más grande en que Nati se metiera al tornadito y se le revoloteara toda la ropa. Se metió tantas veces que hubo algunas protestas. *A mí ya me toca,* se quejaba Jaime, con los brazos cruzados. Pato ya hasta había recuperado su bufanda y Lola se había quitado el otro tenis para andar pareja; prefería pisar la cebada atropellada con sus calcetines. Pero nuestro primo insistía, y Nati se metía a la tolvanera con los brazos cada vez más rasguñados por las piedrecillas.

A lo largo de las vacaciones, Nati se fue quedando más callada. Creímos que por el pleito entre nosotros: Lola terminó derrocando al primo más grande y, con el apoyo de Pato y Jaime, logró coronarse como la nueva líder. Un día cualquiera, ella anunció que mandaría en todo. Y era lista: sabía cuándo debíamos sentarnos bajo la sombra de los capulines a comer los sándwiches, cuándo estaba a punto de insolarse un primo y cuándo darle agua; de qué forma amarrarnos las agujetas con doble nudo. Era tan lista que podía comunicarse sin hablar, solo tenía que pestañear de diferentes modos bajo el sol, que todo veía.

Aparte del cazatornados, Lola se inventó nuevos juegos: el de recoger capulines a contrarreloj, saltar sobre los nopales chiquitos sin espinarse la cola, hacer pipí en una botella (a las niñas les costaba mucho trabajo). Hasta jugábamos a contar pájaros: papamoscas, capulineros y golondrinas. Los veíamos volar en parvada, dibujar olas en el cielo amplio de Tlaxcala. Una tarde, Jaime juró que una vez vio un junquito ojos de lumbre, pero bueno, no le hacíamos caso, él era el primo más mentiroso.

El más mentiroso es él, susurra Nati, antes de cruzar los brazos y seguir a nuestro primo más grande a la arboleda. Según él, por allá se escucha el golpeteo de un pájaro carpintero y lo quieren ver de cerca.

Nosotros asentimos nomás para que ya no esté de enojona, para que otra vez se vuelva a reír como la primera vez que perseguimos una tolvanera y por correr hacia ella todos terminamos cayéndonos, hechos una bola de brazos y piernas. Nati solo dice: *Oye, Lola, ¿te puedo hacer una pregunta?* Y ambas se marchan juntas, tomadas del brazo, a inspeccionar los agujeros de las madrigueras donde duermen las tuzas.

***

¿Y nuestros papás?, se atreve a preguntar Pato un martes cualquiera a mediodía, cuando el sol patina sobre el capó de la camioneta y nos quema las mejillas. Nuestro primo el más grande se pica las encías con un palillo de madera y escupe antes de torcer la boca: *Pues, siguen peleándose por lo de las tierras. Hasta que no quede el testamento, yo los cuido, ¿okey?*

Okey, respondemos, sin saber qué es un testamento, pero conscientes de que el abuelo tenía las manos llenas de ampollas y de cicatrices, las uñas llenas de tierra. Él sembró todo lo que las tolvaneras ahora zarandean y aplanan sin lograr arrancar de cuajo.

A nuestro primo el más grande no parece preocuparle que Lola lo haya derrocado, o que la temporada de tolvaneras ya se esté acabando. Le molesta, eso sí, que Lola quiera jugar con Nati todo el tiempo, y que se la lleve del brazo a jugar congelados o saltar la cuerda. Los pocos diablillos de polvo que salen en las tardes son cada vez más chaparros, giran con más flojera. Hasta ellos tienen sueño, ahora que es julio y cada vez llueve con más enjundia.

Ustedes sigan con su jueguito, repone nuestro primo el más grande, antes de decirle a Nati que lo siga. Lola pestañea rápido. De pronto jala a Nati del brazo y la mira, la mira en silencio. Entonces descubrimos que la luz del sol es algo raro, porque quema las pestañas y abre las miradas, hasta que se vuelven lanzas que se clavan en los ojos de otros.

Así estuvieron nuestro primo el más grande y Lola, hiriéndose en silencio con ojos que eran espinas de nopal, hasta que él finalmente se dio la vuelta y se internó en la arboleda. Ahí los troncos son anchos y silenciosos; resecos como las piedras. Y Nati, cabizbaja como los maizales, se mira las rodillas enrojecidas antes de decir nada más: *gracias*.

Nosotros no nos preocupamos mucho por eso de las tierras. Bajo el sol y en el verano el tiempo dura para siempre; los viernes y sábados se sienten como todo un ciclo escolar. Jugar y sudar y atinarle a hacer pipí en la botella son nuestra única preocupación.

Pero un día llega uno de nuestros tíos y dice que ya casi se resuelve el problema, que ya se arreglaron con el abogado y que cada quien se va a llevar un mueble y una hectárea. Pronto se va, sin hacerle caso a Lola, que quiere hablar con él.

Resulta que hectárea es un cacho de tierra, así que todos saltamos, entusiasmados.

Esto fue un sábado y se sintió como el último día de puente antes de tener que volver

a la escuela. Por primera vez se nos ocurrió que esta temporada de juegos pudiera tener fin, y nos mordimos los labios resecos. Quizá por eso todos nos levantamos el domingo bien temprano y hasta vimos las noticias en la tele, como hacen los adultos, y luego nos vestimos sin siquiera anudarnos las agujetas de los tenis. Fue adrede.

Este sería el día: lograríamos tocar el cielo, justo como el abuelo lo había hecho.

***

En cuanto salimos de la casita donde nos habían dejado los adultos, olimos la tierra mojada por la lluvia. De un salto subimos a la troca, nuestro primo el más grande se subió al asiento del conductor. Pisó el acelerador como siempre, como loco. El viaje fue corto: el asfalto de la autopista pronto se volvió camino de tierra, lodazal donde sobrevolaban moscas. A todos se nos volvió un torbellino el cabello.

Finalmente, cuando los árboles cedieron y dieron paso al gran cielo del altiplano, donde todas las cosas parecen aplanadas por lo inmensas que son las nubes, todos los primos nos acomodamos en la caja de la camioneta. Sonrientes, movimos la antena de la radio: chisporroteó.

El clima estaba bravo ese día. En vez de tardarse una hora, sintonizamos la llegada de una nueva tolvanera en cuestión de minutos. ¡Ya cazábamos tornados mejor que los gringos!

¡Ya viene, ya viene!, gritó Pato, y todos los primos chillamos de emoción. Nuestro primo el más grande se estacionó bien brusco, se bajó y dio un portazo. Ni siquiera le pedimos que se quedara: desde hacía mucho que él ya no quería jugar con nosotros.

Sopló el viento. Todos miramos arriba y descubrimos que las nubes ya se arremolinaban como masa de galletas movida por una batidora; que el viento se alzaba y también

Las risas se volvieron gritos y luego berridos; uno de nosotros se había caído de cabeza directo sobre un nopal. El viento de pronto también tenía espinas porque picaba, raspaba dentro de la garganta. *¡Mamá!*, gritó alguien.



Sin título / Duotono / Collage digital / 2020

nuestras ropas con él. Ya sabíamos lo que venía: la ligereza, el salto, los zapatos que salían volando y, con ellos, la gravedad.

¿Y Nati? Lola, preocupada de repente, nos dio de codazos y estiró el cuello. Ninguno sabía nada. Ella se bajó de la camioneta y se agachó, revisó detrás de un capulín cercano. Nada. *¿Y Nati? ¿Alguien la ha visto? ¡Oigan!*

Nadie le responde. Los primos tenemos otra prioridad: por fin volar gracias a la tolvanera y ver con ojo de pájaro las tierras que el abuelo nos ha dejado.

Así estuvimos corriendo, brincando, alzando los brazos, pero la tolvanera nomás no juntaba la fuerza necesaria. Solo nos dejaba llenos de mugre, paladeando tierra mojada que sabía un poco a aguamiel y sangre.

¡Nati! Lola de repente estaba gritando, con el pelo revoloteado por el viento. Nosotros seguíamos sin entender nada, pensábamos que nuestra prima estaba exagerando. Después de todo, nuestro primo el más grande nos había cuidado en el verano y hasta ahora solo habíamos conseguido rodillas amoratadas, alguna mirada afilada como penca de maguey.

Entonces la primera corriente se le coló a Jaime entre las piernas y lo derribó, como si fuera toro en plena cornada. Ese mismo viento zarandeó a Pato, lo arrojó hacia la arboleda dando tumbos, y alzó a los más pequeños al menos unos cinco centímetros del suelo. Las risas se volvieron gritos y luego berridos; uno de nosotros se había caído de cabeza directo sobre un nopal. El viento de pronto también tenía espinas porque picaba, raspaba dentro de la garganta. *¡Mamá!*, gritó alguien.

Corríamos y tropezábamos, pero la tolvanera giraba y giraba con faldas cada vez más anchas y se volvía más gris a cada segundo, como si hubiera sorbido con popote todas las nubes del cielo. Ningún pájaro cantaba desde la arboleda.

¡Nati! ¿Dónde estás? La voz de Lola se oía lejos, enterrada. El ruido era tal que parecía habernos taponado los oídos con algodón mojado. Quizá era una llovizna salida de ninguna parte. Pero mientras el viento soplaba y sacaba volando sombreros, era claro que los primos gritaban. Era claro que los tornados eran posibles, que alguien gritaba desde la arboleda.

¡Dejen de jugar y ayúdenme! ¡Nati! Lola corría. Tropezaba, intentaba correr como perro herido hacia los árboles, asustada de las cosas que hacían menos ruido que el viento.

No llegó a tiempo.

Un pájaro largo alzó el vuelo desde la parte más silenciosa de la arboleda y, tras algunas volteretas y piruetas adormiladas, fue capturado por la violencia de la tolvanera.

El viento lo zarandeó un par de segundos más, justo frente a nuestros ojos, pero era difícil de entender qué era. Muchos no teníamos los lentes y todos teníamos las pestañas lagañosas por la tierra; sabíamos que mirar hacia arriba nos deslumbraría por la indiferencia dorada del sol.

Lola cayó de rodillas entonces, con tanta fuerza que hasta parecía que alguien le hubiera dado un hachazo en las rodillas.

¡Lola, mira, mira, un pájaro!

¡No es un pájaro, menso, es alguien! ¡Alguien lo logró!

¡Alguien está volando!

Todos pestañeamos, esperando a que el viento amainara, deseando saber a quién debemos vitorear. ¡El milagro por fin sucedió, y todo gracias a Lola! Pero a ella no parecía importarle: había vuelto a su silencio, y miraba hacia el cielo como un soldado herido, con el pelo pegado a la nuca sudada.

El gran silencio entonces. Todo el polvo bailó suspendido por un segundo, un segundo nada más. Por fin pudimos verlo: un par de pantalones manchados por la tierra, rasgados en las rodillas, agitándose según la voluntad del viento como un pájaro confundido. Tan lentos sus giros mientras ascendían.

Tendidos de rodillas sobre el maizal doblado, todos los primos inhalamos a coro y alzamos los brazos al cielo. Allí reímos, en el jolgorio del éxito, a carcajadas que dejaban la lengua espinada de fuera. Nati –o una parte de ella, al menos– había logrado alzar el vuelo.